

Angélica cayó sobre las losas, y lloró largo rato, con hondos sollozos, en la inmensa paz vacía de la iglesia.

XI

Aquella misma noche, al levantarse de la mesa y en la cocina-comedor, Angélica confesó á los Hubert el paso que había dado cerca del Obispo, y la negativa de éste. Todo esto muy pálida, pero muy tranquila.

Hubert se quedó trastornado. ¡Su hija querida sufriendo ya, y herida también en el corazón! Llenáronse de lágrimas los ojos por aquella especie de parentesco en la pasión que con ella tenía, por la fiebre del *más allá*, que tan fácilmente á los dos les arrebatava al menor impulso!

—¡Pobre hija mía! ¿Por qué no me has consultado? Yo hubiera ido contigo, y quizá hubiera convencido á Monseñor.

Hubertina le hizo callar con una mirada.

¿Qué modo de desbarrar era aquel? ¿No era mejor aprovechar la ocasión para enterrar de una vez para siempre un matrimonio imposible?

Estrechó á Angélica entre sus brazos, y besándola con ternura la frente:

—¿De modo que todo ha acabado, hija mía? la dijo. No pareció comprender al principio Angélica, pero luego las palabras como que le venían de muy lejos: miró con fijeza delante de ella, sin ver, como si interrogara al vacío, y contestó:

—Desde luego.

Con efecto, al siguiente día púsose al bastidor á bordar, con su abitual aspecto: volvió á la vida de antes; y

parecía no sufrir. Todo esto sin alusión alguna, sin una mirada á la ventana, apenas un resto de palidez. Parecía que el sacrificio se habia ya consumado.

Hasta Hubert llegó á creerlo; rindióse á la prudencia de Hubertina, y trabajó por apartar á Feliciano, que no atreviéndose todavía á rebelarse contra su padre, se atrevía, sin embargo, á faltar á la promesa hecha por él, de esperar, sin tratar de ver á Angélica. La escribió, pero las cartas fueron interceptadas: una mañana se presentó, y le recibió Hubert. La explicación que tuvieron les llenó á entrambos de desesperación: tanto pareció sufrir el joven cuando el bordador le contó la tranquila convalecencia de su hija, y le suplicó que fuese leal, y desapareciera para no volverla á poner en la turbación lamentable de las últimas semanas. Comprometiése Feliciano á tener paciencia, pero se negó violentamente á prometer otra cosa, esperando siempre que llegaría á convencer á su padre. Esperaría y dejaría las cosas en el mismo estado para con los Voincourt, en cuya casa comía dos veces á la semana, con el fin único de evitar una rebelión abierta. Al marcharse, rogó á Hubert que explicase á Angélica por qué aceptaba el tormento de no verla; que sólo pensaba en ella y que todos sus actos no iban á otra cosa dirigidos, que ha reconquistarla.

Hubertina se puso muy seria cuando su marido le contó la entrevista. Luego, después de una pausa:

—¿Repetirás á la niña, dijo, lo que te ha dicho?

—Lo debiera, al menos.

La mujer le miró con fijeza, y repuso:

—Obra según tu conciencia te dicte. Pero ese joven se llena de ilusiones; acabará por ceder á la voluntad de su padre, y nuestra pobre hija será la que se muera.

Hubert, entonces, luchando y lleno de angustia, dudó, y al fin se resignó á no decir nada. Por otra parte, cada día se iba tranquilizando, á medida que su mujer le hacía notar la actitud tranquila de Angélica.

—¿Ves cómo se cierra la herida? Ya empieza á olvidar.

No, no olvidaba: era que á su vez esperaba, tranquilamente. Muerta toda esperanza humana, habia vuelto á la idea de un prodigio. Si Dios la quería feliz, algo tenia que suceder. No tenia que hacer otra cosa que abandonar en sus manos, y esta nueva prueba la parecía un castigo por haber tratado de forzar la voluntad divina, importunando á Monseñor. La criatura, sin la gracia, es débil, incapaz de luchar y vencer; y la necesidad que sentía de la gracia la hacía humilde, sin más esperanza que la del auxilio invisible, no haciendo nada y dejando obrar á las fuerzas misteriosas que estaban á su alrededor.

Volvió todas las noches á leer, á la luz de la lámpara, el antiguo volumen de la *Leyenda de oro*, que la dejaba maravillada, como en el candor de su infancia, sin poner en duda ningún milagro, convencida de que el poder de lo desconocido no tiene límite cuando trata de hacer triunfar á las almas puras.

Precisamente el tapicero de la Catedral les encargó por aquellos días un bordado muy rico para la silla principal de Monseñor: debía tener un metro y medio de ancho y tres de alto, para encuadrarlo en la madera tallada del respaldo, y representar á dos ángeles, de tamaño natural, sosteniendo una corona, debajo de la cual habia el escudo de Hauteceœur. Todo ello bordado en relieve, que es un trabajo que requiere mucho arte y que exige mucha fuerza material. Los Hubert primero se negaron á encargarse de él, temerosos de cansar á Angélica, y sobre todo de entristecerla con el bordado de aquel escudo, en el cual retoñarían hilo á hilo sus recuerdos todos, durante largas semanas; pero Angélica llegó á enfadarse, empeñada en aceptar el encargo, y todas las mañanas se ponía á trabajar con una fuerza de voluntad extraordinaria. Parecía que se sentía feliz fatigándose, y que necesitaba rendir el cuerpo para estar tranquila.

Y la vida prosiguió en el antiguo taller, siempre igual y regular, como si aquellos corazones no hubieran latido con desacostumbrada fuerza durante algún tiempo.

Hubert se ocupaba en dibujar, en tender y en desclavar, y Hubertina ayudaba á Angélica: las dos, por la noche, tenían los dedos doloridos.

Para los ángeles y para los adornos había habido que dividir cada figura en muchos trozos, que se hacían aparte. Angélica, para marcar los grandes relieves, cosía hilos gruesos, que cubría, en sentido contrario, con hilo de Bretaña; y á medida que avanzaba empleando el revés del plegador como un cuchillo, modelaba los hilos, partía los paños de los ángeles y separaba los detalles de las franjas y adornos: era un verdadero trabajo de escultura. Luego, cuando se había sacado la forma, Hubertina y Angélica cosían los hilos de oro: resultando así un bajo relieve de una dulzura y un brillo incomparables, irradiando como un sol en medio del cuarto ahumado.

Los instrumentos antiguos se aliniaban en el orden secular; los punzones, los martillos, las pinzas; sobre el bastidor, los dediles y las agujas, y en el fondo, en rincones donde se estaban oxidando, el diligente, la rueda de manno, la devanadera con sus dos rodetes, parecía que dormían en medio del gran silencio que penetraba por las ventanas abiertas.

Transcurrieron unos días. Angélica rompía agujas de la mañana á la noche; tan duro resultaba el coser el oro á través del grueso de los hilos encerados. Hubiérase dicho que le absorbía por completo aquel duro trabajo, á él entregada en cuerpo y en alma, hasta el punto de no pensar. A las nueve se caía de cansancio; se acostaba, y luego se dormía con un sueño de plomo.

Cuando el trabajo la dejaba libre un momento, se asombraba de no ver á Feliciano. Si ella no hacía nada para volverle á ver, pensaba que él, en cambio, debía atropellar por todo para acercarse á ella; y, sin embargo, aprobaba que fuese prudente; le hubiera reñido al verle luchando por precipitar los acontecimientos. Sin duda (creía), Feliciano esperaba también un milagro. Y esto era ahora su única esperanza, lo que la hacía vivir esperan-

do cada día que llegase el siguiente: hasta entonces no se había rebelado, pero á veces alzaba la cabeza. ¿Qué? ¿Nada todavía? Y hundía con fuerza la aguja, que llenaba de sangre sus dedos. A veces había que sacar del bordado una aguja rota, con las pinzas: cuando se rompía producía el ruido de un vaso que se quiebra; ni siquiera entonces daba señales de impaciencia.

Hubertina llegó á preocuparse, viéndola tan encarnizada en el tradajo; y cómo había llegado la época de la colada, la obligó á dejar el bordado para vivir cuatro días una vida más activa, en pleno sol y al aire libre. La señora Gabet, un tanto aliviada de su reuma, pudo ayudar á enjabonar y á aclarar. Fueron una verdadera fiesta en el Cercado de María aquellos últimos días de Agosto, de esplendor admirable, con un cielo ardiente y nubes muy negras, desprendiéndose una deliciosa frescura del Temblon, cuya agua helaba la sombra de los sauces. Angélica pasó el primer día alegremente, golpeando y metiendo en el agua las piezas de ropa, gozando del arroyo, de los ojos, del arruinado molino, de las hierbas, de todas aquellas cosas amigas, tan llenas de recuerdos. Allí había conocido á Feliciano; primero, misterioso, á la luz de la luna, después tan admirablemente torpe la mañana en que pescó la camisa que la corriente arrastraba. A cada pieza de ropa que aclaraba no podía menos de echar una mirada á la verja del Palacio episcopal, antaño condenada: un día la había cruzado, de su brazo... Quizá iba á abrirla repentinamente y apoderarse de ella para llevarla á los pies de su padre. Esta esperanza llenaba de encanto su ruda tarea, entre las salpicaduras de la espuma.

Al día siguiente, la señora Gabet, que estaba poniendo á secar el último montón de la colada con Angélica, paró su charla interminable para decirla, sin la menor malicia:

—A propósito, ¿sabe usted que Monseñor casa á su hijo?

Angélica, que estaba colgando un trapo, se arrodilló

en la hierba, con el corazón desfallecido ante aquella ruda sacudida.

—Si: la gente lo dice. El hijo de Monseñor se casa con la señorita de Voincourt. Parece que todo estaba ya arreglado hace tiempo.

Angélica continuó arrodillada: una ola de ideas confusas bullía en su cabeza. No le sorprendió la noticia, que bien veía que era cierta. Su madre se lo había advertido, y debía esperarlo. Pero en aquel primer momento, lo que la doblaba las piernas era la idea de que, por temor á su padre, Feliciano, hallándose cansado de luchar, un día se casase con la otra, sin amarla, perdiéndole así ella, que le adoraba. Nunca había pensado en aquella posible debilidad de Feliciano: creíale no más que doblegado por el deber y labrando la desdicha de los dos en nombre de la obediencia.

Y sin moverse del suelo, sus ojos se volvieron á la verja, surgiendo al fin en ella la rebeldía, sintiendo el deseo loco de ir y doblar sus hierros, abrirse paso con las uñas, correr á su lado y con su valor propio sostenerle.

Sorpredióla oírse á sí misma contestando á la señora Gabet, con el intento puramente maquinal de ocultar su turbación:

¡Ah! ¿La señorita Clara es su novia? Es muy hermosa, y dicen que es muy buena.

Por su puesto que cuando la vieja se fuese, iría á verle. Había esperado bastante, y rompería el juramento de no volver á verle, como se rompe lo que estorba. ¿Con qué derecho se les separaba de aquel modo? Todo proclamaba á voces su amor: la Catedral, la fresca corriente y los olmos viejos, entre los que se habían amado tanto. Ya que su mutua ternura se había desarrollado allí, allí quería tomarle de nuevo y huir colgada de su cuello lejos, muy lejos, tan lejos que no diesen con ellos nunca.

—Ya está, dijo al fin la señora Gabet, que acababa de colgar de una mata las últimas servilletas. Dentro de

dos horas estará todo seco. Quede usted con Dios, señorita, puesto que ya no hago falta.

Y Angélica, de pie en medio de aquel florecimiento de ropa blanca, que resaltaba sobre la verde hierba, se quedó pensando en aquel día en que hacía mucho viento, y entre los chasquidos de las ropas y las sábanas tendidas, sus corazones se habían entregado uno al otro, llenos de candor. ¿Por qué había dejado de verla? ¿Por qué no asistía á aquella cita, en la sana alegría de la colada? Dentro de poco, cuando le tuviera entre sus brazos, se convencería de que no pertenecía más que á ella sola. Ni siquiera necesitaría echarle en cara su debilidad; bastaría dejarse ver para que Feliciano volviese á hallar el firmísimo deseo de su felicidad. Si: se atrevería á todo; no tenía para esto más que ir á verle, al poco rato.

Pasó una hora: Angélica, á pasos lentos, andaba entre la ropa tendida, muy blanca por el cegador reflejo del sol; una voz confusa se elevaba en su ser, crecía, y la impedía ir allá abajo, á la verja. Y este comienzo de lucha la llenaba de espanto. ¿Qué! ¿No habla más que querer? Otra cosa, algo que en ella habían puesto, se oponía á su deseo, y echaba por tierra la sencillez de su pasión. ¿Correr hacia el que se ama! ¿Qué cosa más sencilla! Pero no podía; el tormento de la duda la detenía: lo había jurado, y luego que quizá sería muy malo.

Por la tarde, cuando la ropa estaba ya seca y Hubertina fué á ayudarla, todavía no se había decidido, y lo dejó, para pensarlo bien por la noche. Llenos los brazos de ropa bien oliente, que parecía nieve, echó una mirada inquieta al Cercado de María, ya anegado por el crepúsculo, como si aquel rincón amigo de la naturaleza se negara á ser su cómplice.

Al día siguiente, Angélica se despertó llena de turbación. Otras noches se deslizaron sin que tomara resolución alguna: sólo la calmaba la certidumbre de ser amada, que continuaba inquebrantable, y en ella reposaba

angelicamente. Siendo amada, podía esperar y luchar. Nuevamente hicieron presa en ella verdaderas crisis de caridad: enternecíanla los menores sufrimientos, y se la llenaban los ojos de lágrimas, que estaban siempre á punto de brotar. El tío Mascart se hacia dar tabaco, y los Choteau la sacaban confituras. Los que más se aprovechaban de la racha eran las Lemballeuses: alguien vió á Tebanilla bailar en las fiestas de las cercanías, con un vestido de la *bucua señorita*. De pronto, un día, llevaron á la tía Lemballeuse unas camisas que el día anterior le habia ofrecido, vió de lejos, en casa de los perdidoseros, á la señora Voincourt y su hija Clara, acompañadas de Feliciano: éste debía haberlas llevado. No se dejó ver, y volvióse con el corazón helado. Dos días después vió á los tres que salían de casa Choteau, y luego, una mañana, el tío Mascart la contó que le habia visitado aquel *guapo joven*, con dos señoras. Entonces abandonó á sus pobres, que no eran ya suyos, puesto que Feliciano, después de habérselos tomado, los daba á aquellas mujeres. Y no volvió á salir de casa, temerosa de encontrarles y recibir otra vez en el corazón la herida cuyo dolor cada día ahondaba más. Sentía que algo, dentro de ella, se acababa: su vida que gota á gota se extinguía.

Una noche, después de aquellos encuentros, hallándose sola en su cuarto, ahogándola la angustia, dejó escapar un grito:

—¡Ya no me ama!

Y volvió á ver á Clara de Voincourt, allá á la lejos, hermosa, con su corona de cabellos negros, y á su lado Feliciano, esbelto y altanero. ¿No estaban hechos, por ventura, el uno para el otro? ¿No eran de la misma raza, y no hacían tan buena pareja que parecia que estaban ya casados?

—¡Ya no me ama, ya no me ama!

Esto estallaba en ella con el ruido de algo que se hundiese: era su fé quebrantada, que caía en tierra, sin que tuviera calma para examinar los hechos, y anali-

zarlos con frialdad. La vispera creía, ahora ya no creía: un soplo, que habia salido, no sabia de dónde, habia bastado, y de golpe habia caído en la miseria mayor, que consiste en no creerse amada.

Bien lo habia dicho Feliciano: esto era el único dolor, la tortura más espantosa. Hasta entonces habia podido resignarse: se sentía fuerte, esperaba un milagro.

Pero su fortaleza desaparecía con la fe, y cayó en una angustia de niña. Empezó con esto la lucha dolorosa.

Primero llamó en su auxilio al orgullo. ¡Que no la amaba! Tanto mejor: era ella demasiado orgullosa para seguir amándole. Y así, se mentía á sí misma, afectando creerse ya libre, haciendo un baluarte de su indiferencia, mientras bordaba el escudo de Hauteceur.

Pero su corazón se dilataba hasta ahogarla, y sentía la vergüenza de tener que confesarse á sí misma que era bastante cobarde para seguir queriéndole, y amarle más todavía. Durante una semana, las armas heráldicas, surgiendo hilo á hilo de sus dedos, la llenaron de espantable aflicción. Partido en cuatro cuarteles, dos y tres de Hauteceur, uno y cuatro de Jerusalén; Hauteceur, que es de azur con el castillo de oro, con un escudo de sable con corazón de plata, acompañado de tres flores de lis de oro, una en punta y dos tendidas. Jerusalén, que es de plata con la cruz en forma de T, cantonado con cuatro crucecitas de lo mismo. Los esmaltes hechos con cordoncito, los metales con hilos de oro plata. ¡Qué miseria tan grande la de sentirse temblar las manos y bajar la cabeza para ocultar sus ojos, que el llamear del escudo cegaba, y de ellos hacia brotar lágrimas! No pensaba más que en él, y le adoraba en medio del esplendor de su nobleza hereditaria. Cuando bordó la divisa: *Si Dios quiere, quiero yo*, en seda negra sobre banderola de plata, comprendió que era su esclava y que jamás volvería á la libertad; el llanto que arrasaba sus ojos no la dejaba ver, mientras que maquinalmente continuaba dándole á la aguja.

Sucedió entonces una cosa tristísima: Angélica continuó amando, llena de desesperación, luchando con aquel amor sin esperanza, que no podía destruir. Siempre queriendo volver hacia Feliciano, y volver á hacerle suyo con sólo arrojarle en sus brazos, y siempre empezando de nuevo la batalla. A veces creía haber vencido, hacíase en ella un gran silencio; parecía verse como hubiese visto á una extraña, tan pequeña y tan fría, arrodillada, como hija obediente, en la humildad de la resignación: ya no era ella; era la muchacha buena, que de consuno habían fabricado el medio ambiente y la educación. Pero subía una ola de sangre que la trastornaba; su hermosa salud, su juventud ardiente, galopaban desenfrenadas, y volvía, á encontrarse presa de su orgullo y su pasión, tal como era, con la violencia de su origen desconocido. ¿Por qué obedecer? No existía el deber; no había más que el libre deseo; y se apercebía á la huida, y calculaba la hora más favorable para forzar la verja del jardín del Palacio episcopal. Pero enseñada volvía la angustia, un malestar sordo, el tormento de la duda. Si se doblegaba al pecado, toda la vida sentiría el eterno remordimiento. Y horas y más horas se deslizaban abominables, en la incertidumbre del partido que tomaría, combatida por el viento tempestuoso que sin cesar la arrojaba desde la rebelión de su amor hasta el horror de la culpa. Y cada victoria que ganaba su corazón, la debilitaba más.

Una noche, en el momento de huir de la casa para ir á unirse á Feliciano, en la angustia en que se encontraba de no hallar la fuerza necesaria para hacer frente á la pasión, vínole repentinamente á la memoria su libreta de exposita. Sacóla del tondo del arca, y la hojeó, obofeteándose á cada página con la bajeza de su primer origen, con el hambre de una ardiente necesidad de humildad. Padre y madre desconocidos, ni un nombre; nada más que un número y una fecha; el abandono de la planta salvaje que brota á orilla del camino... Y los recuerdos surgían tumultuosos: las verdeantes praderas del Nièvre,

los animales que guardaba, el camino, todo llano, de Saulanges, por el cual andaba descalza, y la mamá Nini que la abofeteaba cuando robaba manzanas. Algunas páginas en particular despertaban sus recuerdos: eran las que hacían constar las visitas trimestrales del subinspector y del médico, firmas á veces seguidas de observaciones y advertencias; una enfermedad que la tuvo á las puertas de la muerte; una reclamación de su nodriza sobre unos zapatos quemados, y malas notas sobre su genio indómito. Era el Diario de su miseria. Un documento acabó de trastornarla: el acta haciendo constar la rotura del collar que había llevado hasta los seis años: recordaba el odio que instintivamente sentía hacia aquel collar, hecho con huesos de aceitunas, enfiladas en un cordoncito de seda y cerrado con una medalla de plata, en la que había la fecha de su admisión y su número, y sintiendo desde muy niña que era su collar de esclava; con las manos lo hubiese roto, á no ser por el miedo á las consecuencias. Luego, después de algunos años, se quejó de que le estrechaba el cuello; tuviéronselo puesto un año más; pero ¡qué alegría el día en que el subinspector había cortado el cordón en presencia del alcalde del pueblo, sustituyendo aquella señal de su persona por una reseña completa en la que ya se hacía constar que sus ojos eran de color de violeta y sus finos cabellos de oro!

Sin embargo, seguía sintiendo en su cuello aquel collar de animal doméstico al cual se marca para reconocerle: lo sentía pegado á la piel y ahogándola.

Y al llegar á aquella página, reapareció una grande y potente humildad, que la llevó de nuevo á su cuarto, sollozando, sintiéndose indigna de ser amada. Otras dos veces la libreta la volvió á salvar; pero á muy poco ya se sintió sin fuerzas para aquella lucha.

Ahora, cuando las crisis de tentación la torturaban, era por la noche. Antes de acostarse, para purificar su sueño, se impuso la lectura de la *Leyenda de oro*. Pero con la frente apoyada entre las manos, no entendía á

pesar de sus esfuerzos. Los milagros mismos la dejaban estupefacta; no percibía más que una fuga descolorida de fantasmas.

Luego, en la cama, después de un anonadamiento de plomo, una angustia repentina la despertaba sobresaltada, en medio de las tinieblas. Se erguía, trastornada: se arrodillaba ante las sábanas, echándolas á un lado, con las sienes empapadas en sudor, llena de estremecimientos, y juntaba las manos temblorosas:

—¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

Su angustia mayor, en aquellos momentos, era la de sentirse sola en la oscuridad. Había soñado con Feliciano, y temblaba ante la idea de que pudiera vestirse de pronto y salir para unirse á él, sin que hubiera allí nadie para impedirlo. Era la gracia que huía de ella. Dios que se apartaba de su lado, el medio ambiente que la abandonaba.

Clamaba llena de desesperación á lo desconocido, y prestaba oído alerta á lo invisible. Y el aire estaba vacío: nada de voces llenas de cuchicheos; nada de roces misteriosos. Todo parecía muerto: el Cercado de María, el Temblón, y los sauces, y las hierbas, y los olmos del Palacio episcopal, y hasta la iglesia. No quedaba nada de los ensueños que en cada una de aquellas cosas había puesto: al desvanecerse la blanca bandada de vírgenes, no habían dejado otra cosa que el sepulcro. Y esto la mataba, sintiéndose impotente, inerte, criatura de la primitiva iglesia, que es vencida por el pecado original en cuanto cesa el auxilio del mundo invisible. En el tético silencio de aquel rincón protector sentía la herencia del pecado original, como renacia y ahullaba, triunfando de la educación recibida. Dos minutos más sin sentir el auxilio, por pequeño que fuese, de las cosas ocultas; dos minutos más sin que éstas la volvieran en sí y la sostuvieran, y caería en línea recta en un abismo de perdición.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

Y de rodillas en su enorme cama, ella tan pequeña y delicada, le parecía morirle.

Pero siempre, al llegar el instante supremo, sentía una frescura extraña que la aliviaba: la gracia, que la compadecía, que volvía á ella para darle su ilusión. Y saltaba descalza en tierra, corría á la ventana de un salto, y allí volvía á oír las voces, á sentir las alas invisibles que rozaban sus cabellos, el pueblo de la *Leyenda* que salía de los árboles y de las piedras, y la rodeaba. Volvían á ella, y la salvaban su pureza y su bondad y todo lo que ella había puesto en las cosas que la rodeaban. Y entonces ya no tenía miedo, sintiendo que la guardaba Santa Inés, que había vuelto, acompañada de las vírgenes, que vagaban dulcemente en el aire murmurador.

Era un aliento lejano, un largo murmullo de victoria que llegaba hasta ella en alas del viento nocturno. Y durante una hora respiraba aquella dulzura que la calmaba, mortalmente triste, pero fortalecida por la firme voluntad de morir antes que faltar á su juramento. Al fin, rendida, se acostaba y se dormía; pero con el miedo de la crisis del siguiente día, y torturada por la idea de que acabaría por sucumbir al pecado si cada vez se atormentaba de aquel modo.

Con efecto: una languidez extraña la agotaba desde que no se creía amada por Feliciano. Tenía la herida en el costado y se moría, en silencio, sin una queja. Primero se tradujo en cansancio: sentía ahogos que la obligaban á dejar la aguja y á quedarse un momento con los ojos apagados, perdiéndose en el vacío. Después dejó de comer: no tomaba más que algunos sorbos de leche y escondía el pan para echarlo á las gallinas de los vecinos, á fin de no alarmar á sus padres. Estos llamaron á un médico, que no vió nada de particular, y se limitó á decir que aquella vida era demasiado recogida, y á recomendar el ejercicio. Era como un desvanecimiento de todo su ser: una lenta desaparición. Su cuerpo flotaba como si lo balancearan dos grandes alas: de su cara adelgazada, en que ardía su alma, parecía desprenderse extraño res-

plandor. Llegó á no poder bajar de su cuarto más que apoyándose, vacilando, con las manos en las paredes de la escalera. Con todo esto se hacía la valiente en cuarto la miraban, y quería, á pesar de todo, acabar el recio trabajo de bordado para la silla de Monseñor; pero sus manecitas largas ya no tenían fuerza, y cuando rompía una aguja no podía arrancarla ni con las pinzas.

Una mañana Hubert y Hubertina tuvieron que salir y la dejaron sola, trabajando; y el bordador, al volver, la halló en tierra: había resbalado de la silla, desvanecida, junto al bastidor. Sucumbía á la tarea: uno de los grandes ángeles de oro estaba sin acabar.

Hubert, trastornado, la tomó en brazos y trató de ponerla en pie, pero cayó de nuevo; no volvía en sí de aquel anonadamiento.

—¡Hija mía, hija! ¡Contéstame, por Dios!.....

Al fin abrió los ojos y le miró desolada.

—¿Por qué la quería viva? ¡Muerta era tan dichosa!

—¿Qué tienes, hija mía? ¿Nos has engañado? ¿Le amas todavía, verdad?

Angélica no contestó, mirándole con inmensa tristeza. Entonces la abrazó con desesperación, la levantó en peso y la llevó á su cuarto; y cuando la hubo dejado puesta en la cama, tan débil y tan blanca, lamentó lo que había hecho para apartar de ella á aquel que amaba.

—¡Yo te lo hubiese dado, si, yo! ¿Por qué no me dijiste nada?

Pero Angélica no habló; sus párpados se cerraron, y pareció que se dormía. Hubert se había quedado en pie, con los ojos fijos en aquel delgado semblante de lirio, desbordándose el corazón de lástima. Luego sintió que respiraba con más dulzura, y bajó á tiempo que su mujer entraba en casa.

En el taller de abajo tuvieron la explicación. Hubertina acababa de quitarse el sombrero, y de golpe Hubert le dijo que había recogido á la niña en tierra allí

mismo, y que ahora dormitaba en su cama, herida de muerte.

—Nos hemos engañado. Sigue pensando en ese joven, y muere de esto.... ¡Ah! ¡Si tú supieses el golpe que he recibido y el remordimiento que me ha lacerao cuando lo he comprendido y la he llevado arriba en ese estado lastimoso! Es culpa nuestra. Los hemos separado forjando embustes. ¿La dejarás sufrir así y no harás nada por salvarla?

Hubertina, lo mismo que Angélica momentos antes, se callaba y le miraba con su aspecto de mujer razonable, pero pálida con el golpe.

Y Hubert, el apasionado á quien aquella pasión torturada hacia salir de su habitual melancolía, no se calmaba y agitaba sus manos febriles:

—Pues bien, yo hablaré; yo le diré, que Feliciano le ama, que somos nosotros los que hemos tenido la crueldad de impedir que viniese, engañándole también. Ahora cada lágrima suya va á herirme en el corazón. Sería un asesinato, del cual yo me sentiría cómplice. Yo quiero que sea feliz; sí, feliz á pesar de todo y por todos los medios.

Y se acercó á su mujer, atreviéndose á proclamar á voces su ternura rebelde ante el silencio de su mujer, que le irritaba más y más.

—Puesto que se quieren, ellos son los dueños.... No hay nada más allá cuando se ama y se es amado. Si por todos los medios, la dicha es legítima.

Entonces Hubertina habló con voz lenta, de pie, inmóvil:

—¿Que nos la tome? ¿No es esto? Que se case con ella, á pesar nuestro, á pesar de su padre.... Esto es lo que les aconsejarás, creyendo que luego serán felices y que bastará el amor...

Y sin transición, con la misma voz desolada, prosiguió:

—Al volver, he pasado por el cementerio.

Una postrera ilusión me ha hecho entrar en él. Una

vez más me he arrodillado en aquel sitio, gastado por vuestras rodillas, y he rezado largo rato....

Hubert palideció: un frío mortal destruyó su fiebre, Bien la conocía, la tumba de la madre obstinada, junto á la cual tantas veces habían caído de rodillas llorando y sometándose, echándose en cara su desobediencia, para que la muerta, desde el fondo de la tierra les perdonara. Y allí se estaban largas horas, seguros de que sentirían florecer en ellos aquella gracia, caso de que les fuese concedida. Lo que pedían y lo que esperaban era un hijo, el hijo del perdón, la señal única de que al fin eran perdonados. Pero nada había venido; la madre, fría y sorda, les dejaba entregados al inexorable castigo: la muerte de su hijo, que ella les había llevado y que no quería devolverles.

—He rezado largo rato, repitió Hubertina. He escuchado si algo se movía.

Ansioso Hubert, la interrogaba con la vista.

—¡Y nada! Nada ha subido de la tierra. Nada en mí se ha estremecido. ¡Ah! ¡Todo ha acabado!... ¡Es ya demasiado tarde! Nosotros quisimos nuestra desdicha.

Entonces Hubert, temblando, la preguntó:

—¿Me acusas á mí?

—Sí: tú eres el culpable, y yo también he pecado, siguiéndote. Hemos desovedeado, y esto ha estropeado nuestra vida toda.

—¿Y no eres feliz?

—No; no soy feliz. Una mujer sin hijos no es una mujer dichosa. Amar no es nada; es preciso que el amor sea bendecido.

Hubert se dejó caer en una silla, sintiéndose desfallecer, y con los ojos arrasados en lágrimas. Nunca su mujer le había echado así en cara la llaga viva de su existencia; su mujer, que cuando le hería con una alusión involuntaria tan pronto le consolaba, ahora le miraba sufrir, siempre en pie, sin un gesto, ni un paso hacia él. Lloró, y gritó entre sollozos:

—¡Pero á quien condenas es á esa pobre niña!

¿No quieres que él se case con ella, como yo contigo, y que padezca lo que tú has padecido?

Hubertina respondió con un movimiento de cabeza sencillamente, con toda la fortaleza y la rectitud de su corazón.

—Pero tú misma lo decías. ¡Esto la matará! ¿Descas su muerte?

—Sí: su muerte, antes que una vida mala.

Hubert se levantó estremeciéndose, y se echó en sus brazos: los dos sollozaron largo rato, abrazados. Hubert se sometía, y ahora era Hubertina la que tenía que apoyarse en él para tener ánimo. Se desprendieron desesperados y resueltos, encerrándose en un hondo y conmovedor silencio, detrás del cual estaba, si Dios lo quería, la muerte, por ellos consentida, de Angelica.

A partir de aquel día, Angélica tuvo que quedarse en su habitación. Su debilidad había llegado á un punto tal, que no podía bajar al taller, porque en seguida le rodaba la cabeza, y sus piernas se negaban á sostenerla. Primero anduvo hasta el balcón, apoyándose en los muebles; pero luego tuvo que contentarse con ir de la cama al sillón. Como había alguna distancia, sólo se aventuraba á franquearla una vez por la mañana y otra por la tarde, y quedaba rendida; pero trabajaba siempre. Había dejado de bordar el bajo-relieve, que era muy pesado, y bordaba flores en sedas matizadas, y las bordaba de natural, de un ramo de flores sin perfume, que no la molestaban, hortensias y malvarrosas. El ramo estaba puesto en un búcaro, y con frecuencia descansaba algunos minutos mirándolo, porque la seda, con ser tan ligera, la pesaba en los dedos. En dos días no bordó más que una rosa, fresca, que brillaba sobre el raso. Aquella era su vida toda, y había de tener en sus dedos la aguja hasta su último suspiro. Fundida por el sufrimiento, y como idealizada por el vuelo que la llevaba, no era más que una llama pura y bellísima. ¿De qué servía el luchar, puesto que Feliciano ya no la quería? Ahora se moriría con la convic-

ción de que no la amaba y de que quizá no la había amado nunca. Mientras se había sentido fuerte, había luchado contra su corazón, su salud, su juventud que la llevaba á echar á correr para juntarse á él. Pero desde que estaba allí pegada, debía resignarse: todo había concluido.

Una mañana, en ocasión en que Hubert la instalaba en el sillón, poniendo un cojín bajo sus piececitos inertes, Angélica le dijo sonriendo:

—Ahora sí que estoy bien segura de que no me he de escapar.

Hubert se apresuró á bajar, ahogándose, y temiendo que estallaran sus sollozos.



Una noche, Angélica no podía dormir; el insomnio tenía sus párpados abiertos, en medio de la gran debilidad que la tenía postrada, y como los Hubert se habían acostado, y faltaba poco para que dieran las doce, decidió levantarse, á pesar del gran trabajo que esto le costaba, sintiendo de pronto miedo á morir si continuaba en el lecho.

Se ahogaba: púsose un peinador y se arrastró hasta la ventana, que habrió de par en par. El invierno era lluvioso, impregnado de una húmeda suavidad. Luego se dejó caer en el sillón y subió la mecha de la lámpara, que se dejaba encendida toda la noche sobre la mesita, en la cual, al lado de la *Leyenda de oro*, había el ramo de malvarrosas y hortensias. Para darse cuenta de que vivía cogió el bastidor y dió algunas puntadas, temblándole las manos: entre sus dedos blancos parecía que brotaba sangre de la seda roja de una rosa, como si fuese la sangre de sus venas, que iba brotando gota á gota.

¡Cosa rara! Se había revuelto dos horas entre las sábanas ardientes sin poder conciliar el sueño, y ahora cedió á él, al poco rato de estar sentada. Su cabecita, apoyada en el respaldo, se inclinó un tanto sobre el hombro derecho: tenía sus manos inmóviles la aguja con la seda: parecía que seguía trabajando. Muy blanca y muy tranquila dormía á luz de la lámpara, que